

La semana por delante

El síndrome Bérégovoy

JUAN VEGA



Ayer mismo, Antonio García Trevijano, uno de los pocos hombres presentes en la vida política (la vida política no se puede ceñir a los grupos de presión institucionalizados) española que compatibilizan la dignidad personal con el ejercicio de la sabiduría como un deber ético del ciudadano libre, culminaba una entrevista en cierto periódico de Madrid con un aserto memorable: «Cuando una institución de poder no está vigilada y controlada por otra institución de poder, no es que corrompa a los hombres, es que los hombres que entran en ella ya están corrompidos». Quien quiera pertenecer por derecho propio a la estirpe de los ilusos tiene derecho a entusiasmarse con el último atentado contra la separación de poderes promovido por ese gran irresponsable que es el actual presidente del Gobierno español, Felipe González, creador durante los últimos tiempos del mito público del juez Baltasar Garzón. Quien albergase alguna duda al respecto, si no está ciego, o no tiene intereses en el negocio, la habrá desterrado definitivamente, al contemplar, el sábado por la noche, en uno de los panfletarios programas de la televisión oficial del régimen, Informe semanal, un panegírico desvergonzado — con el nombre operación Pitón III —, lleno de poses cinematográficas, con el patético superjuez convertido en mocín de la película, en el que la información judicial se ponía escandalosamente al servicio de los intereses de una candidatura al Congreso de los Diputados en las próximas elecciones generales.

Garzón, con la corrupción

El periodismo ha consagrado una larga serie de nombres mágicos que evocan en la ciudadanía profundas sensaciones de malestar. Rosendo Naseiro, Juan Guerra, Juan Hormaechea, Aida Alvarez, Peña, Ibercorp, Fíles, Tres Cantos, Prenafeta. El territorio español está salpicado de casos conocidos a través de los medios de comunicación, que señalan a los partidos políticos — incluidos, por supuesto, los nacionalistas — como máquinas dedicadas a la recaudación de comisiones a través de nego-

cios sucios tolerados a cambio de la mordida, con lo que se convierten en causa objetiva de un fenómeno, mal conocido y peor explicado, como es la putrefacción de las instituciones desde dentro, fenómeno en el que se confunde sistemáticamente la captación de fondos para el colectivo organizado en lucha por el poder político, con el enriquecimiento personal de los mediadores, de los funcionarios partidistas y de muchos representantes del pueblo.

En nuestro sistema sólo existen dos poderes institucionales, al margen de los grupos de presión: el ejecutivo y el judicial. Por eso es tan dañina la jugada de González. El sevillano no tiene límites a la hora de ponerse el mundo por montera, al servicio de su mitomanía, de su obsesión por el triunfo personal, aunque para ello tenga que introducir para siempre la sospecha en la magistratura, descomponiendo de forma culpable la credibilidad de un colectivo débil y mal organizado, que carece de la solidez propia de la judicatura de un verdadero sistema democrático. Es una arteria jugada de poker. El magistrado Marino Barbero había logrado romper el cerco, la tremenda presión desatada desde la Moncloa, encaminada a hacerle abandonar su loable empeño por sentar en el banquillo a los responsables, políticos y empresariales, de la trama de corrupción descubierta tras la delación del contable Van Schouwen. El informe de los peritos de Hacienda, delimitando de manera objetiva las irregularidades, daba pie para comenzar un proceso eficaz. González, al poner a su servicio un juez investido con el halo mítico de una imagen peliculara, pretende crear un estado de encantamiento público, un espejismo maniqueo, con el que divide al poder judicial en dos falsos bandos, de artificioso encanto popular, y sabor culebrónico: el de los jueces buenos, en el que se alinean el propio Garzón y Ventura Pérez Mariño, convertidos así en los «progresistas» — al presentarse en las listas del PSOE —, y el de los jueces malos, a encasillar por el inconsciente colectivo como los perversos servidores de la reacción conservadora. El «farol Garzón» nos indica

el camino que estamos tomando. El poder judicial y la clase política mantienen, en las democracias europeas, un pulso de poder, enriquecedor y gratificante cuando se mantiene el equilibrio, desestabilizador y perverso, cuando ese equilibrio se rompe en favor de una de las partes.

Italia como símbolo

En Francia y en Alemania, por poner dos ejemplos, el *statu quo* se estableció hace ya muchos años, con episodios singulares en los que se constata cómo los parlamentos van logrando eludir la acción de la justicia sobre sus miembros al elaborar disposiciones *ad hoc*, como la célebre «autoamnistía» acordada por la Asamblea Nacional gala. El «autodisparo» de Pierre Bérégovoy, enuelto en uno de los innumerables escándalos que acosan a los poderosos del país vecino, se convierte en el trágico emblema de un sistema que permite huir de las responsabilidades, pero no de la propia conciencia. El caso de Italia es diferente, pues la fragmentación de los grupos representativos, a causa de su acentuado sistema proporcional, impide una respuesta homogénea, solidaria, de todos cuantos se alimentan del pastel estatal, en contra del acoso legal y de la presión ciudadana.

En Italia son ya siete los políticos encausados que recurrieron al suicidio, en lo que puede bautizarse como el «síndrome Bérégovoy». El desaparecido gobierno de Giuliano Amato, intentó también una «autoamnistía», pero no logró aprobarla. Allí, los secretarios generales de todos los partidos que «tocan poder» están procesados. Las revelaciones sobre las implicaciones mafiosas del democristiano Giuliano Andreotti, con presunciones inculpatorias que vinculan su figura con el secuestro y el asesinato, aterrorizan a la población. La desvergüenza parlamentaria, al negar el suplicatorio del ex secretario general del Partido Socialista, Bettino Craxi, en los cuatro supuestos más graves que se le imputan, está colmando la paciencia de los italianos que asisten, impotentes, al descubrimiento de la verdad.

Y la verdad es dura, terrible: nuestra sociedad, Occidente, esa ci-

vilización que contemplaba orgulloso de sí misma la caída del muro de Berlín, se permitía el lujo de creer en el final feliz de la Historia, en el falso mundo de Francis Fukuyama. El superhombre, libre de Dios, carente de imperativo categórico, despreciador de la utopía solidaria del socialismo, podía dedicarse libremente a «crear riqueza», en la armonía de un sistema guiado por el mito de la libre competencia y el egoísmo individual como fuente de emulación. Esa gran mentira la vamos a pagar muy cara. La naturaleza humana es dual y nuestra conciencia ética se debate entre dos polos. El superhombre que creía alcanzar el cielo en la tierra, al librarse del estorbo de las ideas, es un monstruo insaciable, dispuesto a lo que sea para vivir mejor que los demás. Nuestra sociedad está corrompida hasta la médula, porque la corrupción está en nuestra propia naturaleza, y sólo el esfuerzo contrario, la moral individual y social, buscadas continuamente como una aspiración ética, de una ética construida sobre ideas y no sobre pasiones primarias, puede salvarnos de la barbarie.

Un demonio sin cuernos

El demonio anda suelto y no tiene cuernos ni rabo; tampoco porta tridente ni su piel es de color rojo. El demonio es el monstruo del egoísmo, aliado con la ignorancia y la ambición ilimitada. Las masas indignadas se están rebelando en Italia, como bárbaros a las puertas de Roma, ante el descaro de quienes roban, protegidos por la inmunidad parlamentaria. El pueblo paga con sus impuestos el espectáculo fastuoso de las liturgias del poder, mientras sufre una tremenda recesión, producida por la presión especulativa que gobierna las rapaces economías de tres bloques enfrentados por el dominio del mundo. No hay solución dentro del sistema. Sólo la crítica implacable y la acción colectiva guiada por un compromiso ético con la regeneración pueden detener la catástrofe. Lo contrario es aceptar pasivamente el sandio camino hacia el suicidio de una civilización que está emulando, colectivamente, el «autodisparo» de Bérégovoy.